

DEL FARISEISMO ESTILISTICO A LA AUTENTICA ESTETICA

Por el Arquitecto *Jaime Ponce de León*

La Dirección de la Revista se permite reiterar que las opiniones expresadas en los diferentes artículos son de responsabilidad exclusiva de sus respectivos autores. Además, con motivo de la publicación del artículo que aparece a continuación, la Dirección hace constar que le merecen profundo respeto tanto las opiniones a favor como las opiniones en contra del proyecto y realización del nuevo pueblo de Guatavita.

El problema estético ha inquietado a la humanidad desde sus más remotos albores; filósofos tales como Platón y Aristóteles en el mundo antiguo, Santo Tomás en el medioevo, Kant, Schelling, Hume, Hegel y Benedetto Croce en nuestros días, han tratado de buscar una luz sobre tal problema. Desgraciadamente, en este terreno casi se pasa a los lindes de la psicología, pues si en algo están ciertos y acordes muchos filósofos es en el hecho de que el observador o espectador ante una obra cualquiera es parte integrante del problema y para que la belleza como fenómeno pueda producirse, el espectador por naturaleza tiene que cooperar para su desarrollo. Así pues, hasta el estado de ánimo o disposición del espectador, ante cualquier realización humana, es fundamental para que el fenómeno estético pueda producirse.

Fue Kant en su crítica del "Juicio" quien dio una prueba clara de la autonomía del arte. Todo lo anterior buscaba un principio del arte dentro de la esfera del conocimiento teórico o de la vida moral. Si existe una teoría del arte o Estética, tendría que ser únicamente como gnosiología inferior; el lenguaje del arte oscila constantemente entre dos polos opuestos, uno objetivo y otro subjetivo.

En 1750 Baumgarten publicó su "Estética" como ciencia particular dentro de los dominios de la Filosofía. Lo difícil, dice, "está en determinar ante todo su objeto y su naturaleza, porque mientras para unos es ante todo y sobre todo ciencia psicológica, o

- psicología aplicada, para otros no es más que una rama de la metafísica; sin embargo, quienes huyen de las abstracciones quieren que sea una ciencia práctica que ayude al creador en sus realizaciones y por lo tanto al crítico para juzgar atendido a normas ciertas”.

Aristóteles dice: “La imitación es connatural al hombre desde su niñez, pues una de sus ventajas sobre los animales inferiores consiste en que es la criatura más mimética del mundo y aprende al principio por imitación. Por lo tanto, todo arte es mimética de cosas ya existentes”.

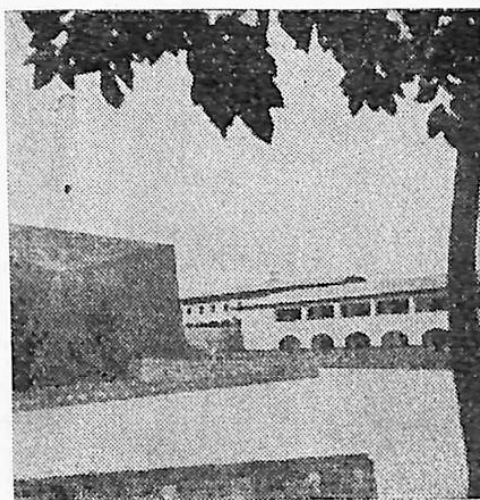
Pero sin duda la psicología tiene su aporte en el problema. Es lógico, partiendo de estas bases, que almas atormentadas o tortuosas no logren entender ni ver la unidad o el todo de un conjunto variado, pues se entretienen y pierden en el análisis del detalle, retratando así su inestabilidad y falta de equilibrio, cosa que sustrae la paz a su espíritu; pero también es natural que las almas tranquilas encuentren mayor satisfacción en obras o fenómenos naturales que encierren en sí variación sin perder la armonía y la unidad.

Hume dice que una obra debe tener por naturaleza variación dentro del orden, porque de lo contrario podría caer dentro de la monotonía, la cual a la larga llega a producir el tedio. Atendidos a lo anterior podríamos decir que hasta ahora este problema filosófico de la estética o de la belleza en sí, no cuenta con fórmulas precisas que puedan orientar o guiar o que den una luz suficientemente clara hacia la solución del problema. Esto quiere decir que existe una insondable diferencia entre lo que podemos llamar estilística y estética.

Desde que el hombre abandona la caverna, trata de abrigar y revestir sus actividades mediante el uso de la arquitectura, ya que en el fondo la arquitectura no es otra cosa que el vestido de las actividades humanas. De allí que la misma arquitectura tenga que mantenerse en primer plano a través de la historia y de las épocas. Pero el hombre cuando busca por sus propios medios abrigar su actividad y resolver su alojamiento, en ningún momento piensa en la creación de una norma o estilo.

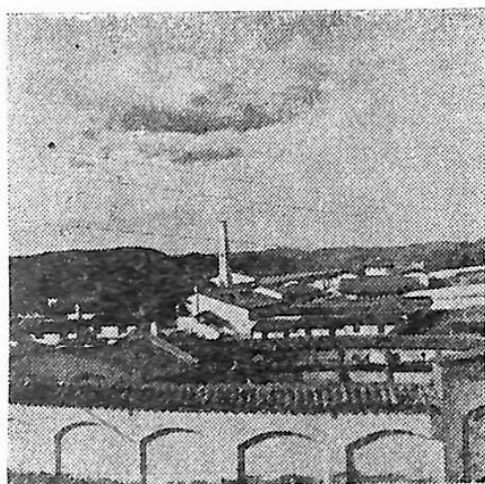
Ahora bien, etimológicamente de dónde viene el término “estilo”? Estilo es buril; de acuerdo con el buril usado, se lograban diferentes tipos de escritura sobre las plaquetas cubiertas de cera y de allí que se diga que esto o aquello pertenece a este o a aquel estilo.

G
U
A
T
A
V
I
T
A

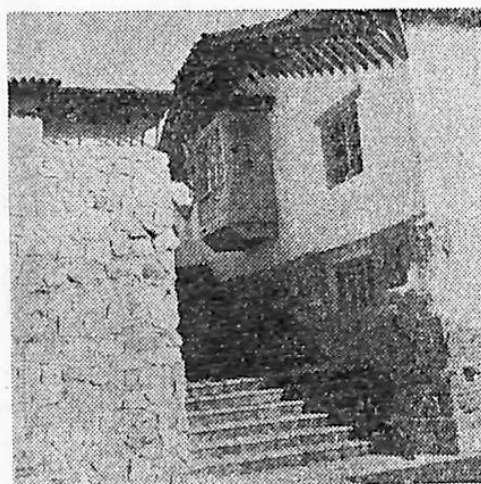


PLAZA CIVICA

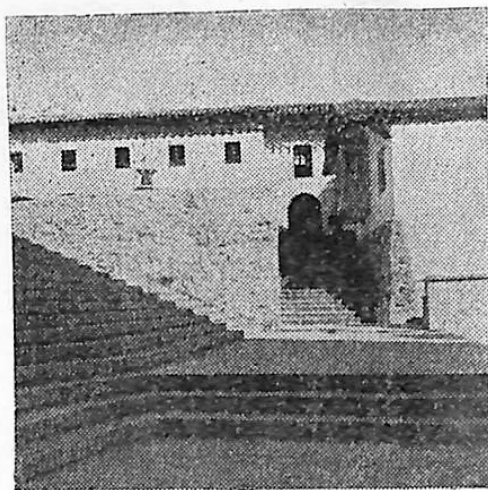
EN GRAFICAS



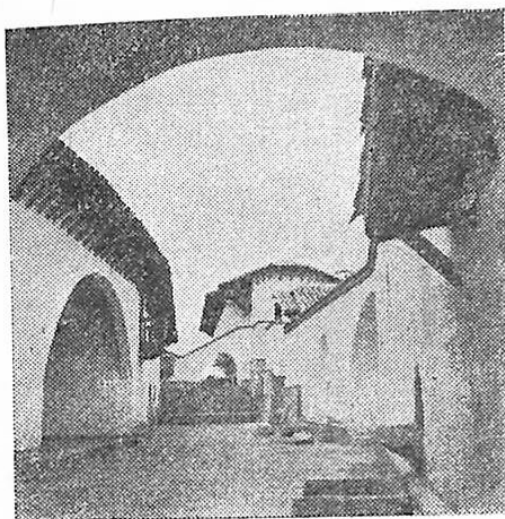
CONJUNTO DESDE LA PLAZA DE FERIAS



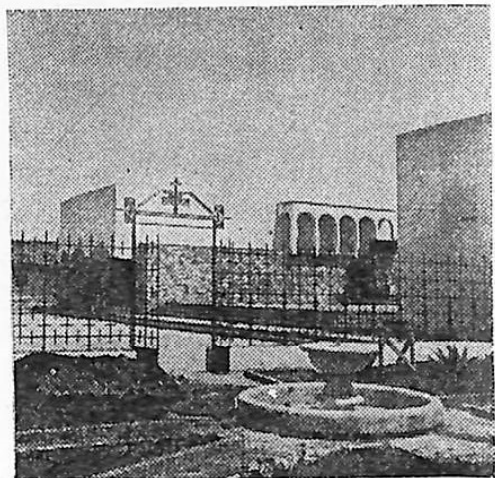
FACHADA NORTE DEL PALACIO
MUNICIPAL



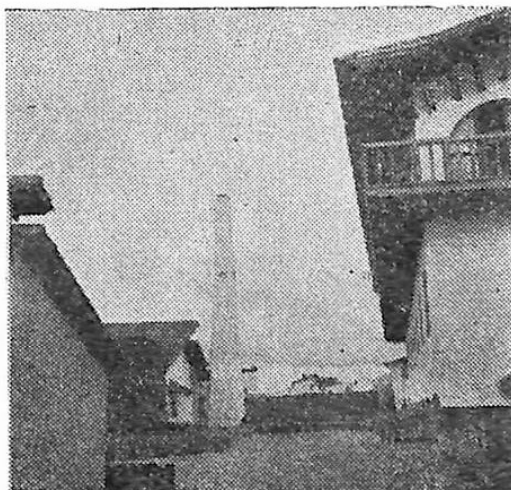
ACCESO A LA PLAZA PRINCIPAL CON EL
BACHILLERATO FEMENINO AL FONDO



CARCEL Y CALLE PRINCIPAL



VISTA PARCIAL DEL TEATRO DESDE
LA CASA CURAL



PLAZA CIVICA - IGLESIA

El hombre para gobernar las cosas lo primero que pretende es entenderlas y una vez entendidas, normalizarlas para poder usar de ellas. Esto mismo sucede, por ejemplo, con los números; los números existen, han existido y existirán siempre, pero el hombre en su afán de dominio se ha indormiado un sistema para poder gobernarlos y usar de ellos; no es que los números sean dígitos, es que el hombre tiene diez dedos y sistematiza en esta forma, buscando darle a los números una matemática, a fin de poder entenderlos, gobernarlos y sacarles partido.

Mas o menos lo mismo sucede con la estética. Veíamos antes que la estética es, en sí misma, ciencia de una sutileza tal, que no es fácil meterla dentro de normas matemáticas. Así pues, el hombre a través de las épocas, en su ansia de dominio y de progreso, sistematiza la estética pretendiendo someterla, para lo cual crea lo que se llama vulgarmente "los estilos", que en el fondo no son otra cosa que la suma de aquéllas particularidades comunes a las obras o productos de cierta época, región o grupo humano. Así pues, hablar de estilos solamente no es otra cosa que tratar de polemizar, de reducir a fórmulas matemáticas algo irreductible, cuando estética es la filosofía de lo bello y del arte.

Cuando los góticos franceses erigieron la catedral de Chartres no pretendieron ni buscaron crear con ella un estilo; para ellos el problema se reducía simplemente a erigir una catedral de acuerdo con su sentir y pensamiento que cumpliera una función específica dada.

Con el andar del tiempo y la sucesión permanente de las épocas, los diferentes sistemas aplicados y técnicas fueron creando diferentes tipos de obras y realizaciones. Es lógico que dentro de una época todas esas obras o realizaciones tengan puntos comunes que sumados y analizados dieran base para poder hablar de estilos. Por ésto, es ridículo pensar que un estilo, por decir así, sea absolutamente original o auténtico, siendo que toda actividad o conocimiento humano está basado en actividades, conocimientos y experiencias anteriores. Por ejemplo, no se puede pensar que el estilo gótico pudiese haber existido sin que la humanidad hubiese pasado por la arquitectura mediterránea, griega, romana, etc. El progreso, la civilización y la cultura no pasan a ser en el fondo otra cosa que una acumulación de conocimientos, aplicaciones y técnicas que van desarrollándose una sobre la otra ya que un adelanto es hijo de lo que fue adelanto en su época.

Así pues, la normalización o estilismo no es estética, es sola-

mente un afán de catálogo del hombre, inventando reglas que en sí no producen nada, pero que ayudan a sistematizar y a aclarar épocas y conceptos; de aquí que sea ridículo esgrimir tal tipo de armas contra una obra, pues se cae lógicamente dentro de un círculo vicioso sin salida y se entra de lleno en los terrenos del gusto personal, plataforma excesivamente endeble para una crítica constructiva. Argüir y analizar una creación de acuerdo con estas normas es algo que no tiene suficiente fuerza y por lo tanto no pasa de un banal análisis. Entre nosotros desgraciadamente existe, porque todos los días lo vemos, una confusión de conceptos que llega a ser grave en muchos aspectos. Así como decíamos que una cosa es estilística, como recopilación de datos sobre estilos, base poco profunda para un análisis, y otra cosa es la estética en sí, una cosa es la economía, vocablo tan usado entre nosotros hoy, y otra cosa es la avaricia; no debemos confundir tampoco el informado, el kárdex, con el culto, como no debemos confundir el mojigato con el virtuoso, ni la humildad con la pequeñez, ni la personalidad con la grosería, ni la debilidad con la cortesía, ni la amistad con la zalamería. Una cosa es tener una vasta información, un sinnúmero de datos en la mente, otra cosa es ser un hombre culto.

Hablando de arquitectura hay que tener en cuenta una cosa. La arquitectura es una de las artes que está dentro del espacio así como la música está dentro del tiempo, pero pretender hacer un análisis crítico de una obra arquitectónica basándose única y exclusivamente en la estilística, es tan nimio y falto de fundamento como analizar una sinfonía basándose única y exclusivamente en el estudio matemático del tiempo.

Es claro que vivimos un momento utilitario, que en nuestro siglo cualquier cosa que no tenga una utilidad directa se califica de superflua, sobrante e inútil; hemos desterrado de nuestro pensamiento todo aquello que no tiene un uso práctico específico, olvidamos qué es halagar los sentidos, la función que ciertas cosas tienen, así nos parezcan inútiles. Este es uno de los puntos más peligrosos del momento. De allí que antes dijera que una cosa es la economía y otra cosa la avaricia. No se puede llevar la utilitariedad a extremos tales. Es cierto que hoy miramos con malos ojos lo superfluo, en la misma arquitectura cierto tipo de molduras y adornos ha sido suprimido, pero no por eso debemos caer en el otro campo y volvernos faltos de gracia hasta el extremo de la misma avaricia.

Es curioso, la humanidad ya es vieja, en todos los campos

del arte tenemos por detrás una increíble trayectoria, podríamos decir que ya casi todo está dicho, pintado, escrito y construido; sin embargo, uno de los más grandes afanes que nos torturan es la busca de originalidad. De allí que las artes del siglo en su desesperado afán por lograrla se torturen y carcoman a sí mismas.

Sí, existen normas eternas de estética, pero desgraciadamente hasta nuestros días su matematización no se conoce; se dan casos de obras de arte que cumplen con todas y cada una de las normas preestablecidas y que no pasan de ser algo frío y sin sentido, así como también se dan casos de obras que no guardan relación aparente con ellas pero que no por eso dejan de ser bellas.

Normalizar, tratar de meter la belleza dentro de una matemática, es imposible. Criticar una obra porque aloja en sí recuerdos o trae a la mente remembranzas de estilos, es ridículo. No es pecado ni lo ha sido nunca usar de técnicas o de formas que se dicen viejas. Cómo podemos hablar en el siglo XX de originalidad arquitectónica? Si aún hoy en los ejemplos más recientes y en la arquitectura más moderna vemos que no hay otra cosa que la importación de teorías, formas y sistemas foráneos de toda índole; nuestra arquitectura moderna se asemeja mucho a la arquitectura moderna de todo sitio, especialmente del norte de Europa. Por eso, las críticas que se hagan basadas en la estilística o recopilación de datos estilísticos, no pasarán de ser informales intentos sin fundamento de desvirtuar un propósito o exhibicionismo de información y de cultura de almanaque.

Toda obra tiene un propósito para el cual fue concebida y erigida. Si lo cumple a cabalidad es por naturaleza una obra buena, no importa su configuración; si no lo cumple, es una obra mala. Nada es producto de la casualidad, es necesario conocer toda la problemática de algo para saber a cabalidad sobre su acierto o desacierto y poder lanzar sobre ella juicios críticos imparciales.

GUATAVITA como obra arquitectónica también tiene un propósito, dejemos que el tiempo nos haga ver si cumplió o no con él, para tratar de desvirtuarla haciendo vaticinios funestos al futuro, o tratar de meter su volumen arquitectónico dentro de un enjambre de críticas estilísticas.

Lo único que allí puede verse es el uso de técnicas constructivas eternas. No se pretendió crear un estilo ni se pretendió jamás copiarlo. Busca una armonía, una estética propia dentro de un paisaje circundante, paisaje de unas dimensiones increíbles que

por su naturaleza absorbe el total de la población que en sí es pequeña; pretender meter el paisaje dentro de la población misma traería como es natural el problema del descosimiento del conjunto, perdiéndose la sensación de abrigo y de unidad, dejando de ser un centro urbano para convertirse en algo desmembrado dentro del paisaje. Busca usar con pleno derecho de todas las formas arquitectónicas y sistemas constructivos comunes entre nosotros por más de cuatro siglos; no existe ni un corte, ni una planta siquiera que pueda recordar un corte o una planta coloniales; el hecho de estar cubierta en teja tampoco es suficiente para emplazarla dentro del estilo colonial américo-español. Que existe abundancia de materiales? Tampoco es cierto. Allí no se ve otra cosa que tierra cocida en forma de ladrillo y de teja, piedra en muros y pisos, madera, vidrio y blanquimento. No se puede decir que usando cinco materiales solamente haya exceso o la población en sí sea un muestrario. Qué se han usado formas a las cuales no tenemos derecho, ¿por qué? Hay algo curioso: uno de los más acerbos críticos se apropia el derecho de transportar al lector u oyente mediante sus poemas a orillas del Ganges para dar una idea clara de lo que se proponía situando los estratos sociales en una escalinata de un palacio hindú. Pero un pobre kiosko destinado a la cocción de alimentos típicos se permite calificarlo de "Pagoda Criolla". Negando de plano a sus autores el derecho a producir ninguna obra que pueda recordar siquiera una forma oriental. Hay que tener en cuenta que el sentido estético también está influido por la tradición, la educación y el ambiente; lo que a un oriental pueda parecer de una belleza inefable, quizás un occidental no llegue a entenderlo, y viceversa.

Repito que el observador hace parte integrante e importantísima dentro del problema estético, no todo es bello para todos, el concepto belleza es algo casi personal y si nos adentramos en una discusión bizantina ateniéndonos al gusto personal, no esperemos llegar a un acuerdo pronto.

Es muy difícil hoy hablar de originalidad, si analizamos honestamente el momento en que vivimos; sin embargo, como ya la originalidad es algo tan tratinado estamos hoy esgrimiendo otra arma en nuestro afán de destrucción, la autenticidad. Pero es que alguien honesto puede hablar con la frente alta y sin engaño de algo auténtico entre nosotros?

Da la impresión de que hasta hoy las críticas que se han hecho a esta obra carecen de las más elementales informaciones. No es lo mismo conocer a cabalidad un problema que tomar un auto-

móvil y aparecer dentro de un conjunto desconociendo absolutamente su origen, su problemática y las circunstancias que influyeron directamente en su solución. Por lo visto hasta hoy, los críticos no se han tomado el trabajo de empaparse suficientemente de las premisas del problema, parece que ninguno de ellos se ha interesado siquiera por visitar la población antigua, estudiar detenidamente la tradición, costumbres y formas de vida de los habitantes o, si no, cómo se explicaría que se arguya el hecho de que los habitantes hoy viven del producto de unas pobres huertas o cómo se encontraría fundada la observación de que ese conjunto arquitectónico es demasiada cosa para gentes de tan poca monta? Es divertido ver cómo los ciudadanos de las grandes urbes desprecian en forma tan olímpica al habitante rural o al campesino, a sabiendas de que ese campesinado es la base en que se cimenta toda la sociedad. El hombre de la urbe no pasa de ser un engreído. Si no existiese el campesino que lo alimenta, mal se podría hablar de progreso y civilización; bastaría un cataclismo para que el soberbio hombre de la ciudad para poder sobrevivir, tuviera que regresar a la tierra en busca de sustento.

Así pues, la única explicación que tienen aquellas anotaciones hechas al margen sobre la excesiva calidad de la obra para sus posibles habitantes, realmente dejan ver que lo único que las sostiene es la crasa falta de información de quienes las predicán.

Hay que tener en cuenta una cosa muy importante también: una cosa es crear algo nuevo sin limitaciones de ninguna índole y ateniéndose solamente a los adelantos de la ciencia y de la técnica; otra cosa es reemplazar algo existente. En este pueblo en donde se sentaron bases tan firmes de antemano, nosotros los autores nos vimos por decirlo así, ante premisas inmodificables: se dio una localización determinada, se fijó un tipo de construcción y de costos, se fijaron inclusive las áreas de los edificios a reemplazar, se fijó de antemano el tipo de cubierta y muros, de pavimentos y de formas. Es más o menos parecido este caso al de un compositor musical a quien se le pidiese componer un concierto con un tema dado, un tiempo y un ritmo fijos y para un instrumento determinado.

Ahora me pregunto, quiénes son los que tanto critican? Quiénes son aquellas gentes que por haber tenido la suerte de cultivarse un poco más se sienten tan calificadas como para treparse en un pedestal y mirar con tanto desprecio al resto de la sociedad a la que califican de yulgo estulto que aplaude a las locas realizaciones como ésta? Este pueblo fue hecho para el pueblo, no pa-

ra engrupidos pretenciosos y autodidactas intelectualoides, quienes, basados solamente en un sinnúmero de datos y sistemas, especulan en forma desmedida sobre los temas más nimios, pretendiendo dar la impresión de la más excelsa profundidad.

Es curioso pensar que el poeta que tan cáusticamente criticó la población y que se precia de sus ideales de extrema izquierda, sea precisamente el que más se complace en burlarse de la opinión de las gentes comunes y haciendo escarnio de lo que se permite calificar en ellas de crasa falta de cultura llame al público en general estúpido y atrasado. Esto es fariseísmo. Da la impresión hoy de que los hombres kárdex pretenden legislar sobre todas las actividades humanas con una suficiencia increíble, si están o no de acuerdo con la ley, con las costumbres, con el uso, con el pensamiento de hoy, y pretenden desvirtuar y destruir sin contemplaciones en su afán analítico, cualquier cosa que a su alcance se ponga usando para ello de esa infinita carga de teorías.

La sociedad, así con todos sus estratos y componentes, es inclusive por su número mucho más importante que cuatro intelectualoides de dudosa información. Eso es precisamente lo que este conjunto arquitectónico pretende: complacer a esas gentes que los críticos soberbios se permiten calificar de masa bruta. Es mucho más importante el hecho de que parte de ese vulgo estulto o su total se sienta a gusto dentro de esta obra que recibir panegíricos y églogas de parte de cuatro genios autocalificados.

Nuestro momento o siglo se caracteriza, lo repito, por su insaciable afán de análisis. Es mucho más fácil destruir que construir; recordemos aquí una valiosa frase de Voltaire: "Se necesitan más de 20 años para llevar un hombre del estado de planta en que se encuentra en el vientre de su madre al desarrollo perfecto y absoluto del ser, se han necesitado los milenios que se llevan de historia para entender un poco de su estructura, se necesitaría la eternidad para conocer la profundidad de su alma, basta un instante para matarlo". Es tanta el ansia de llegar al principio de las cosas que no paramos mientes en destrozar la unidad por tratar de conocer las partes que la forman. Toda cosa en sí es algo más que la suma de sus partes. Teilhard de Chardin dice que el análisis extremado de un organismo u objeto cualquiera destroza íntimamente la unidad del mismo; es posible descomponer un hombre en un sinnúmero de elementos y almacenar todos aquellos elementos en tubos de ensayo; tendríamos muy clasificados la cal que lo compone, el hierro, la hemoglobina, etc., etc., contaríamos con un completo armario de frasquitos pero desgra-

ciadamente no tendríamos hombre. No analicemos tanto ni busquemos destruir las cosas para buscar las partes que las forman, ni sigamos en nuestro afán inquisidor destrozando las partes a su vez para llegar hasta el fondo mismo de las cosas; ese pueblo como todo, es algo más que la suma de sus partes. No es honesto destruir la unidad en aras de entender o pesar las partes componentes.

En fin, para que exista una realización el ciclo completo o circuito tiene que formarse, tan importante es el objeto como el creador, como el espectador. Este conjunto de cosas forma la obra al fin y al cabo. Lo único importante es la realización, lo demás, repito, no pasa de ser en el fondo más que afán de análisis, exhibicionismo de conocimientos, fariseísmo de aplicación y normas. En todo caso, por lo menos esta polémica ha tenido la virtud de procurar a muchos la ocasión tan buscada de ver sus opiniones publicadas en letras de molde.